

Inauguración Año Académico '88, abril 4.

Iniciamos hoy formamente el año académico de nuestro Centenario. Hay algo profundamente significativo en el hecho de que esta celebración no se presente en un ambiente tranquilo y armonioso. Ayer no más debíamos lamentar los excesos producidos en torno a la recepción de los alumnos de los primeros años, y lamentarlos, porque lo ocurrido nos sugiere que hay una crisis profunda en la valoración de la persona humana, ante lo cual yo quisiera recordar que el hombre es sagrado, y que para esta institución, obra de Iglesia, su camino propio e irrenunciable es por el hombre, y por lo tanto, en nombre de la Universidad quisiera pedirles a todos los alumnos que fueron víctimas de atropellos, así como a sus familiares, que perdonen, y que nos ayuden a hacer efectivos cánones de convivencia cristiana a los que nos sentimos profundamente obligados. Todavía estábamos bajo la impresión penosa de aquellos acontecimientos, cuando surgieron otros, llenos de malentendidos y de suspicacias, y que tocan también al corazón mismo de la institución. No debemos negarnos a la evidencia, no debemos cerrar los ojos frente a lo que la misericordia de Dios nos quiere decir en esta sucesión de dificultades, surgidas precisamente en este año. Nos tocan tiempos difíciles, tiempos para el valor.

Para el valor de mirar en la cara nuestro propio destino, de preguntarnos qué es lo Dios quiere de nosotros, sin poner nada de nuestra ambición o vanagloria. Porque de una cosa no podemos dudar, y es que en en la misma medida en que arrecien las dificultades, se alzarán con mayor fuerza la mano del Señor que nos llamó a esta tarea. Y si queremos mirarlo a El, y no detenernos en nuestros propios prejuicios, El irá abriendo nuestro camino, e iluminando el suelo que pisamos. Sólo se nos pide que seamos fieles, que seamos humildes, que no le demos lugar al temor, que no queramos otra cosa que amar.

Y si enfocamos así las cosas, qué mejor lección podríamos querer que la de nuestra propia historia. Cuándo ha sido fácil la historia de la Universidad en la que estamos. No hay época en la que ella no haya tenido que luchar por recuperar o defender su propio ser. Y esa es la lección que nos viene desde el

momento mismo de la fundación que empezamos a evocar. Nacida en medio de conflictos político-religiosos, sacudida por las más graves divisiones cívicas que ha conocido el país, asediada siempre, siempre, por apremiantes problemas económicos, ella ha tenido desde su inicio una sola virtud, y es la de saber que no es suya, que no le pertenece la verdadera fuerza que la mueve. Al pensar en tantas vicisitudes que la Universidad ha tenido que vivir, podemos decir hoy con profunda verdad, con el salmista : "Si el Señor no hubiera estado con nosotros, dígalo ahora Israel...". Por cierto que habríamos desaparecido muchas veces, por cierto que la adversidad nos hubiera consumido. Y en cambio, en vez de la pequeña escuela universitaria que surgía hace cien años, contemplamos hoy día un árbol gigantesco, a cuya sombra se han desarrollado generaciones de servidores públicos, cuyos frutos han sido de perfeccionamiento social, cultural, educacional, para todo Chile. Por eso, hoy día, aun en medio de contratiempos corresponde renovar en su contenido más medular el acto de fe de nuestros fundadores y poner toda nuestra confianza en el Señor en Quien están nuestro refugio y nuestra fuerza. También como el autor sagrado no creemos que la fuerza esté en los bríos del caballo, ni en las piernas del jinete. También quisiéramos decir con él, que no queremos esta obra para nosotros, sino para la gloria de Dios: "no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre la gloria."

Pero sería injusto e incompleto permitir que este inicio del Centenario fuera sólo una efusión del corazón. La misma certeza de que en esta obra se ha manifestado un designio de Dios sobre la patria, nos mueve a reflexionar de nuevo sobre el sentido profundo del acto fundador.

¿Qué cosas quería hacer la generación de fundadores y la de sus primeros alumnos? ¿Cuál era el sentido profundo de eso que querían? ¿Qué lección tiene para nosotros, hoy día, aquella obra?

Lo que querían lo dijeron muy claro. Lo dijo en su discurso en la Asamblea Inaugural, Monseñor Larraín Gandarillas, al explicar lo que entendía por "Universidad Católica libre", y señalarle como funciones: cultivo y enseñanza de los "diferentes ramos del humano saber", ser "taller en que se educa el corazón y se forma el carácter", ser institución "que aspira al honor de deberlo todo a su propio y abnegado trabajo, y a las simpatías que logren inspirar sus

doctrinas, sus profesores y sus métodos", y para la cual su fundador "espera que no se apasionará sino por un ideal: el de trabajar con desinteresado celo por la difusión de las verdaderas luces y por la sólida educación de la juventud". Allí están los fundamentos de una institución de enseñanza superior, con una inspiración propia, y consagrada por igual, al saber y a la educación integral.

Lo dijo don Abdón Cifuentes en la misma ocasión: (la)..."instrucción se resiente enormemente del exclusivo predominio de la teoría y de un abandono casi completo de sus aplicaciones a la práctica. Se enseñan las nociones de muchas ciencias, pero tan especulativamente y tan sin aplicación a las infinitas ramas de la industria humana que no prestan servicio alguno a la mayor parte, y precisamente a la parte más necesitada de la juventud que las adquiere; ni menos es capaz de dar como pudiera impulso vigoroso a la prosperidad de un país como el nuestro, nuevo y, por lo mismo escaso de las fuentes de riqueza que en otras partes crea y explota día a día el mundo de las artes industriales", palabras que atestiguan la voluntad de hacer una Universidad que pudiera ser instrumento para lo que hoy llamaríamos un desarrollo integral.

Lo dijo en su acción docente la joven Universidad, de cuyo primer curso de Derecho salía la tesis de Juan Enrique Concha sobre "Cuestiones obreras" inspirada en los primeros grandes documentos pontificios sobre doctrina social.

¿Por qué querían esto, una Universidad católica, libre, educadora y no sólo agente de instrucción, volcada al conjunto de las ciencias y las técnicas, y no sólo a las que parecían más propias de la clase dirigente, preocupada de los grandes problemas sociales y religiosos del momento? ¿Por qué lo querían así? Sería un gran error pensar que estaban obedeciendo a un cálculo mezquino, inspirado por los conflictos políticos que los estaban asediando. Su mirada iba más lejos.

En sus escritos está latente la angustia por la secularización, por la construcción de un mundo sin Dios, de una sociedad que quería renegar de la

raíz cristiana regada con las lágrimas y la sangre de los primeros misioneros, mantenida por la oración de tantas almas a lo largo de siglos, y que había florecido en una cultura, cargada sin duda de desvalores tremendos, pero inspirada en valores irrenunciables como la trascendencia del hombre, y su condición de imagen e hijo del Creador, redimido por la sangre de Jesucristo. A fines del siglo pasado, se estaba gestando una serie de profundos cambios culturales en la sociedad chilena. Y en medio de ellos, la animación cristiana de la cultura chilena estaba en peligro de extinguirse.

No se trataba entonces de problemas coyunturales, sino de una verdadera crisis de la identidad nacional, de un repreguntarse de los chilenos por los rasgos de nuestro propio ser colectivo, una búsqueda de un estilo de vida colectiva que nos hiciera capaces de ser sujetos aptos de la historia que venía, y de dar una respuesta original a acontecimientos que nadie podía prever en su totalidad.

En esa perspectiva entendemos más cabalmente la importancia de la obra de fundación. Porque el modo de existir propio del hombre es la cultura. El mundo no se les da a los hombres ya hecho, fabricado. Son ellos los que van trabajando su propia naturaleza, construyendo un entorno de acuerdo a sus capacidades y a los valores en que creen. Desde la Antigüedad Clásica nos llega esta noción de que la humanidad es como un campo, como la naturaleza, y que el hombre la cultiva - en la cultura. Por ella vive el género humano, por su facultad creativa y por su razón. Según la palabra de Tomás de Aquino, que ha repetido muchas veces Juan Pablo II, *genus humanum arte et ratione vivit*.

Y la cultura que tiene como objeto al hombre, es también primordialmente obra del hombre, expresión de sus valores, de sus anhelos, de sus esperanzas y deseos. En aquel lejano fin de siglo, la libre decisión de unos cristianos, se oponía a que en este profundo giro cultural que se avecinaba, se hallara ausente la fuerza vivificante del Evangelio. Esa morada del hombre que es su cultura, no podía construirse sin Dios.

En este momento, en la perspectiva de un siglo transcurrido, podemos preguntarnos que fué de aquel impulso cultural, qué cosa ocurrió en Chile con el pensamiento cristiano que estaba disperso y acosado.

Hoy podemos verlo en la perspectiva de un siglo, y mirar cómo ha influido la Universidad en toda la cultura nacional. A través de sus egresados, ella ha actuado sobre la sociedad de un modo bien definido y acorde con su primera inspiración. Profesores que han honrado nuestras cátedras, alumnos que se han formado en nuestras aulas, han ejercido influencia decisiva en nuestra legislación social, y en la gestación de cambios político-sociales de trascendental importancia. Por encima de todas las divergencias, uno reconoce el sello, la impronta de un espíritu común, al pensar en tantos y tantos hijos de esta universidad que han promovido y promueven el progreso social; que han procurado una mayor justicia en la distribución de los bienes materiales, que, como hombres de estado, dirigentes laborales o empresarios, han humanizado y dignificado el trabajo, que han luchado contra la lacra de la extrema pobreza, que han llevado la iluminación del Evangelio a la tarea educacional en todos sus niveles, que han influido en todos los medios profesionales e intelectuales, que han sido determinantes en el desarrollo de la investigación científica en el país, que han combatido por poner principios cristianos en las bases institucionales del Estado, que desde mil ángulos diversos se han esforzado en darle vigencia en la vida social a la palabra salvadora del Evangelio.

Pero entonces ¿no es verdad que el impulso de recuperación cultural que animó a la creación de la Universidad se ha orientado en la dirección de lo que el Concilio Vaticano II llamó "una presencia pública, estable y universal del pensamiento cristiano"? Hemos estado llenos de defectos, lo estamos -quién lo duda. Pero negar esta realidad maciza, sería como negar la realidad de la obra amorosa de Dios por este pueblo suyo, hecha a veces a pesar de él, porque también nosotros somos de dura cerviz, pero ¿cómo vamos a permitir que la conciencia de nuestras infidelidades oscurezca la realidad de la fidelidad de Dios?

Pero todo esto no es sólo para recordar. Es para proyectar. Porque hoy estamos de nuevo frente a un profundo giro cultural. Lo sentimos en nuestra propia inquietud, en nuestra incertidumbre, en nuestro anhelo. De nuevo se nos dirige, de nuevo oímos, la palabra que sonó en el Paraíso: "Hombre ¿dónde estás?" Que es como para decirnos, todo esto te he dado, con estas posibilidades te he dotado ¿adónde estás? ¿que quieres hacer con ello? ¿Qué cultura quieres construir? Porque la cultura no es un producto ciego, como una secreción, de la convivencia humana, ella es fruto de las profundas opciones de los hombres, como la cultura chilena es en parte fruto de la opción profunda de quienes fundaron esta casa. Es cierto que no todas las opciones son posibles o imaginables, pero hay algunas realidades macizas frente a las que se nos exige una decisión, que no podemos eludir y que marcará nuestro destino social.

Por un lado, el mundo fascinante de la Ciencia que está transformando la faz de la tierra, y abriendo cada día nuevos caminos a la inventiva y a la creatividad humana. Ya no estamos en un país aislado. Nuestras compuertas frente al mundo se han roto, y el mundo que se está construyendo está marcado por este sello de la ciencia, que es una de las formas más hermosas en que puede realizar el hombre el mandato de dominar la tierra. Tenemos que competir en ingenio y creatividad con hombres situados en las antípodas del globo, y la velocidad de las comunicaciones le imprime a los cambios una velocidad vertiginosa. Hace sesenta años o más que uno de los más grandes poetas franceses lo advertía al decir que la era del mundo finito había llegado. Si no nos mostramos aptos a esta nueva realidad, nos sustraemos incluso a la comunidad humana.

Pero no por ser ella como el ambiente en que estamos respirando deja la ciencia de ser un instrumento para el hombre. Y nosotros preguntamos también con nuestra propia angustia : "hombre, ¿dónde estás?" El siglo que se aproxima a su término es el siglo del desprecio por el hombre, el siglo de los monstruosos crímenes colectivos, siglo de inextirpables tiranías, de genocidios, de opresión. Y eso ha lanzado al primer plano la pregunta angustiada por el hombre ¿Ha de seguir siendo instrumento de producción, de dominio ideológico, o de placer?

El sentido de la ciencia, el sentido del hombre son preguntas que no podemos eludir. En cada una de ellas corresponde una opción. La ciencia como expresión del señorío del hombre, hijo de Dios, o como instrumento de cambio ciego o de dominación. El hombre, como una cosa entre las cosas, o como sujeto revestido de dignidad infinita.

Como en al pueblo de Israel, he aquí que Yahvé nos pone delante, bendición y maldición. Hay que escoger. Y nosotros no podemos dudar de cuál es el servicio que debemos aportar.

Tenemos que reivindicar el valor trascendente de la persona humana redimida por la sangre de Jesucristo, tenemos que ir a las raíces de su dignidad y su nobleza. El hombre, tanto en su ser individual como en su ser social se nos ofrece como el sujeto, el camino, el término, de la cultura que quisiéramos ayudar a crear. Y ello no por un humanismo antropocéntrico, sino porque no podríamos mirar sin veneración y amor a la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, a la que prefirió, hasta el punto de que dió a su Hijo por ella. Si miramos en la dirección del hombre, estamos mirando en la dirección en que Dios mira. Pero nosotros sabemos, que del hombre sólo sabremos la verdad, en la medida en que miremos al primogénito de toda criatura, porque sólo en el misterio del Verbo encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre.

En esta gran encrucijada cultural, nosotros optamos por el hombre, por el hombre que reconoce con gozosa humildad la paternidad de Dios, y que precisamente en virtud de ella, y del mandato pronunciado en el Génesis, en profunda solidaridad con sus hermanos ejerce su señorío sobre el mundo y manifiesta así la gloria del Creador.

5.- El mundo fascinante de la ciencia-tecnología. La transformación impredecible del mundo. La caída de las fronteras. Competimos en ingenio con hombres situados en las antípodas del globo. La era del mundo finito.

Hombre ¿dónde estás? La secularización.

6.- El problema del hombre, suscitado por la experiencia atroz de pecados colectivos. La dignidad del hombre. El hombre factor de producción o de poder. Las minorías nacionales y las naciones pequeñas.

7.-Una respuesta: *nonnisi in mysterio verbi incarnati.....* El hombre, imagen de Dios, en el acto mismo de ser señor sobre la naturaleza; el hombre y su relación con Dios y con el mundo. El optimismo de un verdadero desarrollo, de una creación cultural. La cultura humana penetrada por el Evangelio.

8.- Una nueva educación, la educación continuada, la educación accesible.

9.- El desarrollo y la esperanza. El misterio pascual. El grano de trigo.